

Después de 12 años expone... Manuel Álvarez Bravo (fragmento)

Antonio Rodríguez

Como todos los fotógrafos, Manuel Álvarez Bravo trabaja con elementos que existen en la vida, independientemente de su voluntad. Pero, como si estuviera poseído de facultades mágicas y gracias a su sentido creador, modifica, transforma, rehace, inventa, sugiere, magnifica... en una palabra crea.

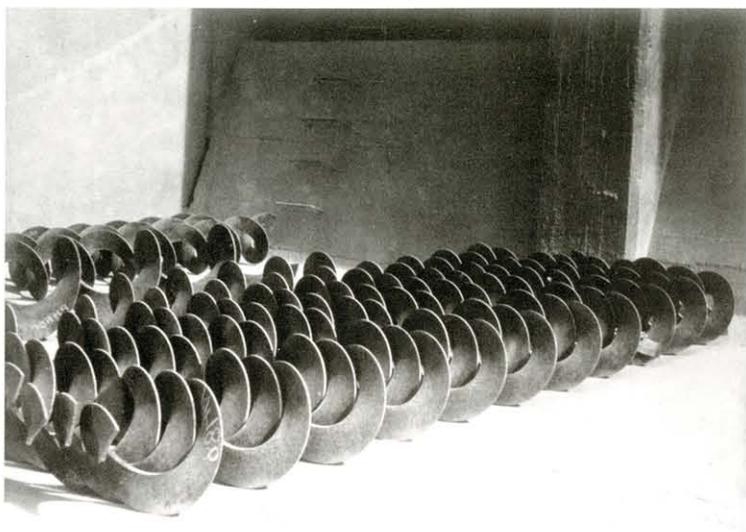
He aquí un ejemplo una estructura de madera que bien podría ser la armazón de improvisada barraca, junto al mar. Para otro cualquiera esto no sería más de lo que físicamente es: unos palos dispuestos en cierto orden. Pero Manuel quiere que sea otra cosa.

Se acerca. Coloca la cámara en el punto estratégico según le ordena su sensibilidad. A continuación encuadra, escoge, selecciona. En su terquedad, la naturaleza se obstina en no dejarse dominar. Los troncos secos no quieren dejar de ser lo que son. Pero el hombre que todo lo quiere someter a su voluntad insiste.

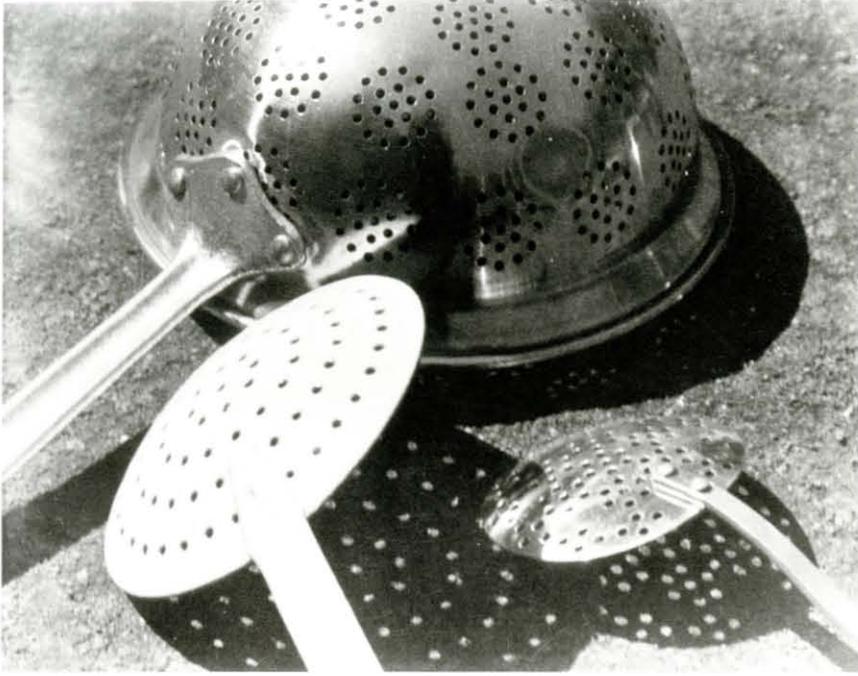
Al aproximarse con el ojo mágico en acecho, los palos, antes esbeltos, se vuelven toscos, monstruosos, desproporcionados. Al alejarse, se pierden en la lejanía, como agujas. Ahora está todo a punto de convertirse en sabia arquitectura. Un instante más tarde todo se desbarata, los troncos vuelven a ser troncos vulgares, sin importancia.

La lucha continúa con desfallecimientos y con estímulos, con aciertos y con fracasos, hasta que se logra lo anhelado. En ese momento el esqueleto de la barraca es ya algo distinto. Pero la lucha no ha acabado. Va a proseguir, más tarde en el laboratorio donde el artista, corta, elimina, agranda o empequeñece.

Al situar la forma, en relación al espacio y las otras formas, en un lugar preciso la superficie dada, el artista logra que el conjunto exprese



Herramientas, 1931



Coladores, ca. 1932

Abajo: Manuel Álvarez Bravo y Rafael Carrillo en *Arte y Plata*, México, noviembre de 1946. Col. particular

lo que él quiere. Hay algo, sin embargo, que todavía no está bien: es necesario añadir aquí un tono, disminuir allá una intensidad, para que luz, forma espacio, atmósfera, clima, se integren armoniosamente.

Al final de esta tremenda lucha, que sólo en contadas ocasiones es juego voluptuoso, los palos secos se convierten en la imagen de Cristo ante la cual la madre martirizada vierte un mar de lágrimas.

Los elementos que el fotógrafo utilizó para lograr este resultado estaban ya creados (¿cómo si el árbol del paisaje del pintor no lo estuviera;) pero antes de ser evocación, filosófica, imagen poética y estructura armoniosa, eran tan sólo: palos, raíces secas, agua.

El acto de convertir todo eso en “algo” que sugiere cosas totalmente distintas es lo que confiere a Manuel Álvarez Bravo —y a los muy contados fotógrafos de su estirpe— en categoría de artista creador, de un rango poco común, que él posee.

Podrían tomarse de la obra de Manuel Álvarez Bravo

muchos otros ejemplos de fotografías en que el resultado final se obtiene después de una transformación o recreación de los elementos ofrecidos en forma primaria por la vida.

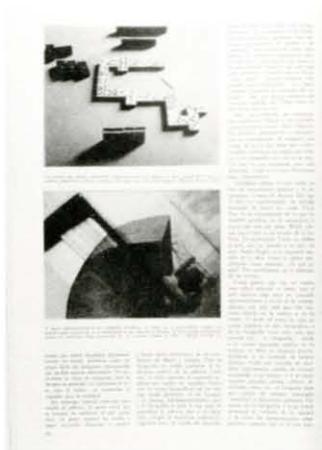
La “Fábula del perro y la luna”, en su forma exterior no es más que una casucha miserable, llena de trebejos y terriblemente barroca, que el artista convirtió, por un proceso mágico que escapa a nuestra percepción, en una poema de admirables sugerencias.

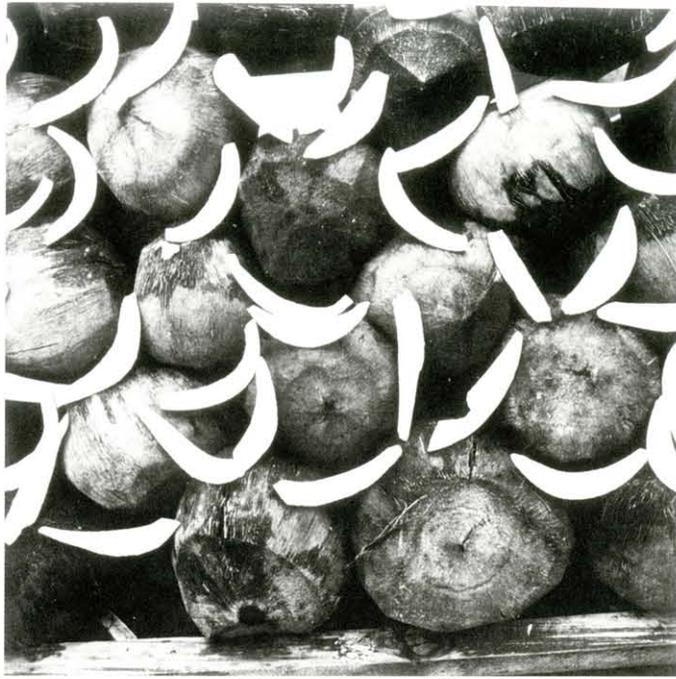
Y lo mismo podría decirse, pongamos por caso, del “Retrato del Ausente” en que el vestido sobre una silla, en una casa de paredes desnudas, iluminada

por un rayo de sol oblicuo, cobra una dimensión fantasmagórica.

Pero junto a esta facultad de jugar con las formas propuestas por la vida para obligarlas a decir lo que él y no lo que ellas quieren, destaca el don que tiene Manuel Álvarez Bravo de sorprender el secreto oculto de las cosas.

Sólo un artista de honda percepción, como él lo es, podría llegar hasta las entrañas mismas del





Cocos y jicamas, ca. 1932

Abajo: *Frente a frente*, órgano de la liga de escritores y artistas revolucionarios, México, 1 de mayo de 1936. Col. Francisco Reyes Palma (cortesía IIE-UNAM)

drama que la mujer de la Pena Negra esconde bajo su oscuro rebozo.

En esta foto, como en muchas otras, la naturaleza parece que se confabula con Álvarez Bravo, o que mejor dicho colabora con él, para ayudarlo a decir sus poemas.

¿De otro modo, cómo explicar, la “conciencia” de elementos dramáticos: el árbol con las ramas rotas, erecto como un puñal y agudo como un grito; la casa con las ventanas cerradas en un abandono de tumba; la luz penumbrosa de la calle; que convierten a esta admirable fotografía en una queja silenciosa?

El “acaso” y la “chiripa”, que es como los increíbles explican los milagros de la fotografía, no caben en obras como las de Álvarez Bravo.

¡No, no es por acaso que la nube se colocó detrás del plumero, a modo de aureola, en la “fábula del perro”; ni es por azar que el “Peregrino en las cosas desta vida” pasa entre dos botes de basura en el momento único en que uno de ellos husmea.

Diríase que el mundo, las cosas, y en fin la vida se acomodan, por un acto mágico del artista, para que la cámara, al pasar en el momento preciso en que los sucesos ocurren, se fije en ellos y los capte. [...]

Faltaría aún hablar del aliento humano, pleno de ternura, de delicadeza y de discreto pero hondo optimismo que palpita en toda la obra de este poeta humanista que escogió, para expresarse, el lenguaje más moderno y por tanto más balbuciente, de nuestra época.

Pero quien no lo advierta al primer momento, ya bien se fije en la presunta abstracción de las raíces sobre la arena en la playa, o en la serie conmovedora de San

Rafael y Anexas, es porque es insensible al mensaje humano de belleza.

Y para esas personas, sí existen, no es la exposición que el Salón de la Plástica Mexicana rindiendo, al fin, honor a la gran fotografía de nuestros días, presenta actualmente, en su local de Puebla y Orizaba.

Fuente: Suplemento *México en la Cultura*, en el diario *Novedades*, núm. 416, México, marzo 10 de 1957. Col. biblioteca particular

